

mulo de la dignidad humana, de la cultura y de la ciencia. Los otros, como Montt, Varas y sus discípulos, sostuvieron con el seño adusto, sobre sus hombros vigorosos, los basamentos de piedra de la ley sobre los cuales las generaciones posteriores han sentido muchas veces, en medio de sus enconadas luchas, las voces que les gritaban que sólo por el sacrificio y por la fe en los ideales, por la tenacidad y el cumplimiento del deber, por el estudio incesante y por el fortalecimiento de la moral personal, es posible realizar la grandeza del país en que se vive».—ARTURO TRONCOSO.



<https://doi.org/10.29393/At148-231DPUP10231>

ULTIMOS POEMAS, por *María Monvel*.—Editorial Nascimento. Santiago, 1937.

En una primorosa edición, digno homenaje a la poetisa recién desaparecida, han visto la luz los últimos poemas de María Monvel. Versos escritos, mientras el vaso corporal de la artista se deshacía en manos de una cruel enfermedad, su espíritu irradia en ellos más puro, en un magnífico desasimiento de la materia, y una luz ultraterrena, una alborada de otra vida, proyecta su consoladora claridad sobre las angustias que son el acompañamiento inevitable en este mundo. La vida breve y luminosa de María Monvel ardió como un leño fragante en la insaciable hoguera de la pasión. Naturaleza superior, tenía el sufrimiento lúcido, el dolor altivo y viril que no se abate en el potro del tormento y lanza allí sus más armoniosos alaridos, sus revelaciones recónditas, sus mensajes trascendentales.

Todo el libro, compuesto de poemas originales y traducciones, es un canto de amor, una corona de pasionaria tejida devotamente por las manos trémulas de la poetisa para depositarla en la tumba del ser que había amado y que la iba precediendo

en la senda desconocida. Diálogo intenso, vibrante y desolado, con el ser que había traspuesto la brumosa frontera, María tiende sus brazos por encima del abismo, y suplica a la ausente que la suspenda del lecho de espinas que la desangran y la lleve en vuelo sin término por el cielo insondable, más allá de las crueles imposiciones de la carne, de las limitaciones de la materia, en un connubio inflamado y casto de las almas redimidas.

Como un crisol que evapora y aleja lo deleznable, la llama de esta pasión—casta en su intensidad sobrehumana—funde las impurezas de su seno, y nos brinda, líquido y transparente, el diáfano metal de la belleza.

No incumbe al artista entrar a hurgar con mano torpe y ruda las intimidades de las almas que tan eximia ofrenda lírica le entregan. Si algo hay de sorprendente en los sentimientos que inspiran esta obra, ello no pertenece al dominio de los neurólogos, sino que arraiga en la esfera superior del arte, y debe ser imputado más bien a la sed de infinito, al anhelo de eternidad, que son las alas que remontan a las almas grandes en sus vuelos. El artista necesita sangrar por una herida incurable y divina, y si la vida no lo hiere, él se rompe el pecho con sus manos para nutrir con su sangre las creaciones de su espíritu. ¿No cantó más dulcemente que nunca el ruiseñor de Wilde la noche que una espina le clavaba el corazón? Ya este gran poeta, mártir de la malsana curiosidad, de la mezquina maledicencia de los que no pudiendo ascender a lo sublime se revuelcan en el lodo, dejó escrita en dos palabras la defensa de los seres superiores a quienes la envidia vulgar quiere arrastrar al banquillo: «nada purifica, excepto la inteligencia».

¿Cuándo dos seres separados por la barrera impalpable, se habían llamado en forma tan bellamente desesperada?

¿Dónde se fué mi vida
cuando se fué mi estrella?

¿Se huyó de mí, quién sabe,
o es que no puedo verla?

¿O es que me cogió el alma
una brutal ceguera?

¿Se ha anulado mi tacto
que palpa sin que sienta?

¿Me oprimes con tus brazos
mientras te sueño muerta?

¿Tú huirme, tú dejarme
en soledad inmensa?

¿O es la locura acaso
quien puebla mi conciencia?

No, tú no me abandonas...
¡Yo me he tornado ciega!

Tú no me abandonaste,
fuí yo, como antes fuera...

Me llamas y no escucha
mi corazón de piedra.

La luz ya no me sirve
para verte con ella.

Perdí yo los sentidos
con que te adoré ciega,

y mi alma mutilada
al no vivir, no vuela.

Me has dejado una vida
que no alcanza a tu estrella.

¡No penetra tu grito
tras la muralla eterna!

Si lograra tu cielo
o bien tu noche negra.

Quiero la noche oscura
en donde tu alma duerma.

Quiero tus mares hondos
o bien tu oscura piedra.

Quiero un hueco en la almohada
donde está tu cabeza.

¡Quiero ese cielo azul
donde acaso te encuentras!..

¡Dale a Dios tu sonrisa
para que a ti me vuelva

y a tu hermana, la Virgen,
acércate, hechicera!...

¡Que me dé lo que tienes,
que me dé lo que tengas:

la vida en donde yazgas
la muerte, si estás muerta!

Aunque la cita es incompleta, basta para formarse una idea de la fuerza emotiva del poema y de su intensidad pasional. En su delirio, la poetisa piensa que el ser amado no se ha ido, no se ha diluído como un sueño en la obscuridad, sino que está ahí, la acompaña y la acaricia como siempre, y es ella la que está loca, ciega, insensible, se ha convertido en un bloque de piedra y no tiene facultades para palpar y gozar su presencia adorada. Pero después vuelve la dolorosa certidumbre de que los demás tienen razón, de que sus sentidos funcionan y no la engañan, de que el ser amado duerme su último sueño bajo la hierba y de que algo infranqueable los separa. El corazón y los sentidos tienen su vida propia y sus razones y se sublevan contra la conciencia que quiere imponerles sus crueles verdades. «Es que ya era la luna» es otra creación admirable de su amor desconsolado:

Es que yo era la luna
y es que tú eras el sol.
Cuando resplandecías
blanca brillaba yo.
Me miraban diciendo:
«¡qué dulce resplandor!»
y bajo mis destellos
de clara inspiración
se amaban los amantes
con más ardiente amor.

Es que yo era la luna
y es que tú eras el sol.
Las gentes lo ignoraban
y lo ignoraba yo.
¡Yo creía que mío
era todo el fulgor!

Pero un día en el cielo
el sol apagó Dios
No brilló más la luna
ni nunca más bañó
rostros de amantes pálidos
con pálido fulgor.
Como apagada escoria
en las nubes quedó
y supo ¡oh desencanto!
que no era un resplandor
sino un reflejo pálido
que la mandaba el sol.

Tú eras el sol, mi vida,
y la luna era yo.

María Monvel fué siempre dueña de un ritmo y una música exquisitos. Armonía del verso y armonía integral del poema, en que se funden las notas, a veces contradictorias, de las sensaciones, los sentimientos y las ideas que integran la composición. Pero ahora, el pensamiento y la proximidad de la muerte, la pasión encendida, la inspiración desconsolada, le dan la clave de una melodía recóndita, inaudita. Pocas veces habíamos oído al contenido poético tomar forma con gracia tan espontánea, con tan fluyente naturalidad. Se diría que en el corazón de la poetisa nacieron sus dolores envueltos en música y palabras, al unísono con su orquestación maravillosa:

Quiero morir, aunque se muera
junto conmigo, tu recuerdo.
Se morirán sobre la hierba
tus ojos verdes, tus cabellos.

Yo no más tengo la centella
maravillosa de tu ingenio.
Quiero morir, aunque me lleve
la luz del mundo si me muero.

En los sonetos titulados *In Memoriam* el dolor resplandece,
el sufrimiento se cristaliza como un rubí sangriento:

¡Muerta! dicen los suyos, muerta, dice la gente,
y muerta digo yo, cuando la siento helada.
Y el sol alumbra como si no pasara nada
y sigue el corazón marchando indiferente.

No sé por qué no muero cuando beso su frente
junto al mutismo trágico de su boca cerrada.
No sé por qué no muero si su cara adorada
no es ya más que la cáscara de su espíritu ardiente.

Por no matarme, no entra la certeza en mi pecho.
Es verdad que está muerta sobre su blanco lecho,
pero desde otro lado nos mira sonriendo.

Y en aquel «otro lado» quiero creer ansiosa,
mientras junto a sus labios una trémula rosa
que, de saberla muerta, también se está muriendo.

Pasarán los años y no pasará el recuerdo de esta mujer que
supo sentir tan hondamente y que expresó su dolor en forma
tan diáfana y bella. Haz de nervios sensibilizados por el marti-
rio, alma quintaesenciada en el crisol de un sufrimiento ima-
ginario, y por imaginario incurable, María Monvel abandonó
estas playas para ir a buscar en otros cielos la plenitud de un
amor que no cabía en el frágil vaso de su cuerpo. Tuvo más fe en

el Amor que en la Vida. Soñó que su alma podía cumplir su destino más allá de los límites sensibles.

El estado de ánimo en que se hallaba la poetisa, la llevó a familiarizarse y traducir algunas poesías de Geraldine, Shakespeare, Ackermann, Lamartine y Goethe. Estas traducciones de tres lenguas están hechas con una fidelidad, fluidez y belleza de expresión que sólo consigue el poeta que logra igualar con su emoción refleja la inspiración original. Además, requieren un conocimiento profundo de los idiomas que se utilizan

Finalizan el volumen algunas composiciones que la poetisa destinó a sus hijos, y de los cuales destacaremos sólo este concepto que muestra su gran corazón maternal: «La bondad es un talento del alma de exquisita calidad y de muy superior esencia al talento vulgar que muchos poseen».—DAVID PERRY B.

ROMANCES DE AGUA Y LUZ. Poemas de *Carlos René Correa*.—
Editorial Nascimento. Santiago, 1937.

Este joven poeta se ha formado en el ambiente casto y seráfico del Seminario Conciliar de Santiago, vale decir que su adolescencia se habituó a la soledad, al recogimiento, las penitencias y los ayunos, a la meditación en las cosas fundamentales y eternas. Dios lo tuvo en el rebaño de sus almas predilectas, y en sus arrobamientos místicos rozó su frente un lampo de la luz redentora de la gracia, su corazón ardió en las noches de vigilia como un leño devoto en la celeste lumbre. Su curiosidad vigilante, su afán de conocer todos los caminos y las encrucijadas del mundo, lo hicieron abandonar la soledad inmaterial del claustro y ha salido a peregrinar por los valles y ciudades en que luchan y sufren los hombres. Pero no hay peligro de que este discípulo del Señor se descarríe. Lleva encendida en su alma la antorcha reveladora de la fe, y sus mi-